

# Prefacio pascual segundo

---

Manuel Garrido Bonaño, OSB (†)\*

---

El embolismo es el siguiente:

*... pero más que nunca en este tiempo en que Cristo,  
nuestra Pascua, ha sido inmolado.*

*Por él,*

*los hijos de la luz amanecen a la vida eterna,*

*los creyentes atraviesan el reino de los cielos,*

*porque en la muerte de Cristo y en su resurrección*

*todos hemos resucitado.*

Su fuente es el Sacramentario gelasiano del siglo VIII. Tres aspectos exponemos en esta ocasión: Hijos de la luz; vida eterna y reino de los cielos; en Cristo todos hemos resucitado.

## HIJOS DE LA LUZ

El tema de la luz es amplísimo en la Sagrada Escritura. Abarca todo lo ancho y largo de la misma. La primera palabra de Dios en el Génesis es «Hágase la luz», y al final del Apocalipsis se canta a Cristo como estrella luciente de la mañana. Toda la historia de la Salvación aparece como una lucha antagónica entre la luz y las tinieblas. San Mateo (4,12-16) afirma que en el comienzo de la predicación de Cristo en Galilea se cumplió lo que dice el Profeta Isaías: «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí en el camino hacia el mar, al otro lado del Jordán, la Galilea de los gentiles, el pueblo que yacía en tinieblas ha visto una gran luz; para los que yacen en región y sombra de muerte una luz ha amanecido» (8,23—9,1).

En el evangelio según san Juan, bajo el símbolo de la luz vemos una teología de la vida espiritual que Cristo nos ha traído. Ya en el prólogo nos dice que «en él (en el Verbo del Padre) estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo». Más adelante, en el capítulo 8 (v. 12) dice: «De nuevo les dijo Jesús: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”».

Cristo es la luz que ilumina la inteligencia por ser la plenitud de la Revelación divina; y es también luz que ilumina el interior del hombre para que pueda aceptar esa misma revelación y hacerla vida suya. Jesús pide, por tanto, que se le siga para llegar a ser hijos de la luz, aunque sabe que muchos le rechazarán para que no sean descubiertas sus malas obras (cf. Jn 3,20).

En el capítulo 12 (vv. 35-36) vuelve Cristo sobre el tema de la luz: «Todavía por un poco de tiempo está la luz entre vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que las tinieblas no os sorprendan; porque el que camina en tinieblas no sabe a dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz».

Para merecer esa luz hace falta amar, tener la humildad de reconocer nuestra necesidad de ser salvados. Mucho más podríamos decir sobre el simbolismo de la luz en la vida cristiana, en san Pablo y en la misma vida litúrgica de la Iglesia, sobre todo en la Vigilia pascual.

## VIDA ETERNA. REINO DE LOS CIELOS

Por Cristo se nos han abierto las puertas del cielo, él nos ha ganado la vida eterna por la Redención que ha realizado mediante su misterio pascual (pasión, muerte y resurrección). Es bien explícito san Pedro en su primera Carta (1,3-9): «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia por la resurrección de Jesucristo entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura imperecedera que os está reservada en el cielo».

El misterio de vida-muerte, en Cristo, en nosotros, en el mundo entero, es, con mucho, el objeto primario de la catequesis apostólica, como punto de vida sintético que mejor compendia los diversos aspectos del evangelio. El fin último del hombre es contemplar cara a cara a Dios en toda su gloria y estar unidos a él en un mismo amor. San Pablo dice alborozado en su primera carta a los Corintios (2,9): «Ni el ojo vio, ni el oído oyó ni pasó a hombre por pensamiento las cosas que Dios tiene preparadas para aquellos que le aman».

## RESUCITAR CON CRISTO

San Pablo lo expone bellamente en su Carta a los Colosenses (3,1-4): «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; gustad las cosas de arriba, no las de la tierra»... Es la perícopa que se lee en el domingo de Pascua.

La Constitución *Sacrosanctum Concilium*, 6, del Concilio Vaticano II, dice: «Por el Bautismo los hombres son efectivamente injertados en el misterio pascual de Cristo: mueren con él, son sepultados con él y resucitan con él». Esto es, los cristianos hemos resucitado a una vida nueva, que es sobrenatural, pues participamos ya en este mundo de la vida gloriosa de Jesucristo resucitado. Esta vida es de momento espiritual y oculta, pero en la Parusía, cuando nuestro Señor venga con toda su gloria, llegará a ser manifiesta y gloriosa. ■

\* Rescatamos de nuevo otra colaboración del P. Manuel Garrido en MAGNIFICAT. El autor fue monje benedictino de la Abadía de Santa Cruz (Valle de los Caídos, Madrid). Trabajó como experto en el Concilio Vaticano II, en la redacción de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia. Fue consultor de la Congregación del Culto Divino y Sacramentos. Su producción en libros y artículos sobre liturgia fue innumerable. Fue entusiasta colaborador iy usuario! desde los inicios de MAGNIFICAT hasta que el Señor lo llamó consigo (14-IX-2013).